

Luis MEANA

En este año tan único en el que, después de un largo período, ha vuelto a visitarnos la vieja dama, o sea la Historia, acompañada de su corte de males, pestes y catástrofes, una visita que no estaba anunciada y que ha dejado a esta ciudad sin las acreditadas festividades que distraían sus miserias, celebra Gijón, villa casi tan vieja como la Historia, dos aniversarios redondos: 50 años, o medio siglo, de la Madre del Emigrante y 30 de la inauguración del Elogio del Horizonte, dos esculturas que vienen a ser las Columnas de Hércules de nuestra bahía que marcan y recuerdan a todos los que se acercan que han llegado al extremo donde se acaba la tierra, y que más allá de esos puntos cardinales comienza el ignoto reino de una deidad caprichosa y peligrosa, el Océano, vástago temible del Caos y de la Tierra.

Contra lo que se podía temer dada nuestra naturaleza, esas dos esculturas se han convertido en símbolos esenciales de esta urbe milenaria que ha vivido, durante siglos, ajena a cualquier símbolo, refractaria como es a revelar los enigmas de su espíritu y más refractaria todavía a lo abstracto. Esas dos obras nacen de un mismo y ancestral desasosiego, propio de los pueblos marítimos: el enigma del horizonte. Silenciosa línea de temores y de anhelos. El horizonte es todo aquello que desconocemos, y también todo lo que no tenemos. O la ensoñación propia de los sueños. La vieja tentación del fruto prohibido, también conocida como Manzana de Eva. El Más Allá misterioso que atrae e infunde miedo. De esa incertidumbre del Más Allá han nacido las religiones, las ciencias y los conocimientos.

A ese enigma gigante le ha dedicado Gijón dos monumentos, que son los Titanes que protegen y conservan la memoria de esta bahía. El Elogio del Horizonte es la tesis de la que la Madre del Emigrante es la antítesis, o sea, símbolo cada uno de las muchas caras contrapuestas que tiene la vida. El Elogio es la invitación al atrevimiento osado, la Madre el rezo o la recomendación dolorida a la prudencia. Uno ama y ansía el sueño. La otra, lo teme y detesta, porque sabe, como todos los hijos de la mar, que el horizonte es la trampa de donde vienen los peores males. En su enorme musculatura hueca, el Elogio representa el marcial espíritu de aventura (masculina) que mira altivamente al horizonte de igual a igual. La dolorida Madre del Emigrante expresa los costes (femeninos) de todas las osadías familiares, o sea, sus dramas.

A esos dos iconos los acogieron los gijoneses con las irrespetuosas comparaciones habituales, que no vamos a reproducir aquí porque todo el mundo las conoce, tonta banalidad de quienes se las dan de ateos y descreídos en los sentimientos cuando son pura sentimentalidad, un bobo disfraz con el que gustan adornarse los llamados "playos", es decir, esa especie de chulapos



Elogio y dolor del horizonte

Dos aniversarios en la bahía de Gijón

Arriba, el Elogio del Horizonte, catedral posmoderna en la que se reúnen a orar todos los vientos. A la derecha, la Madre del Emigrante, virgen laica de Asturias. | LNE



folclóricos de playa y arena que poco o nada tienen que ver con el alma melancólica de Gijón. Pero, como pasa tantas veces, al final ha terminado por imponerse la verdad profunda, y trágica, de los símbolos: la atracción por lo desconocido y el inmenso dolor de quienes abandonan lo más querido. Que hayan tenido que venir dos artistas de fuera a expresar las vibraciones más profundas de nuestra alma puede que a muchos les resulte sorprendente o extraño. No lo es. Somos así de triviales, contradictorios e inconscientes.

A Ramón Muriedas, santanderino hijo del agitado rumor del Mar Cantábrico, artista inmerecidamente olvidado, le debemos los gijoneses una de las esculturas más conmovedoras de cuantas en el mundo existan para representar un sentimiento que no es local sino universal y además eterno: el terrible dolor del destierro, tragedia que vivieron millones de madres que vieron, desgarradas, cómo la silueta del barco en el que iban sus hijos avanzaba lentamente hacia el horizonte hasta que se diluía, dejándolas con la tortura ya permanente de qué sería de ellos. Esa dramática escultura, la Madre del Emigrante, virgen laica de Asturias y segunda Reina de nuestras montañas después de la de Covadonga, lleva 50 años simbolizando el desgarramiento de esos miles y miles de madres e hijos que se vieron obligados a separarse de lo único que poseían y de lo que más querían: su familia y su tierra. Como canta un poema de Alfonso Camín: "Al son del agua, madre / pero que amarga. / Al son del agua, madre / miro las olas. Van y vienen barcos / con las farolas / Y me dicen: ¡Qué triste / se va en la bruma! / ¡Y qué alegre el retorno / sobre la espuma! / Pero me dicen, madre, / al son del agua / unos vienen a puerto / y otros naufragan. / Al son del agua ronca, / velas flotantes / dicen que van a Cuba / los emigrantes. / Y a pesar de sus luchas / y sus desvelos / todos se van quedando / bajo otros cielos". Este fue y sigue siendo nuestro sino. Que Dios le conceda su paz a Ramón Muriedas y le pague en nombre de los gijoneses, en cada una de las incontables horas que dura la eternidad, la gloria de haber plasmado, en esa demudada figura de cobre, el drama desgarrador de las madres que pierden a sus criaturas más amadas, tragedia ya cantada en la Odisea.

A otro hombre venido de fuera, al vasco Eduardo Chillida, le debemos los gijoneses otro milagro, el Elogio del Horizonte, que supone representar, con la rígida estructura de hormigón armado, la fluida atracción del horizonte, ese demiurgo que ha llevado a los seres humanos a ir más allá de los límites. El horizonte es la envidia de la tierra. Una línea que siempre se mueve. El último árbol del Bien y del Mal que queda en este mundo desacralizado. El sueño que se sueña perfecto. Tienen horizontes imponentes las

montañas, también las llanuras, pero nada de cuanto existe tiene el poder de seducción de las costas, de esa línea marina que es una de aquellas sirenas de Ulises que intentaban encantar a los que deambulaban errabundos por el mundo. Al horizonte le debe la Humanidad miles de gestas: arrastró al ahora vituperado Colón hacia América, y a Magallanes o Elcano, hace casi quinientos años, a circunnavegar el mundo, y empuja también a cuantos circunnavegamos el propio destino, gesta diaria en la que luchamos todos.

El Elogio es la invitación osada, la Madre el rezo o la recomendación dolorida a la prudencia

Ha colocado Gijón en lo alto de esa especie de Monte Sinaí que le sirvió de cuna, el Cerro de Santa Catalina, el Elogio del Horizonte, que, visto de lejos, parece estar naciendo de las aguas, desnudo como si fuera Afrodita. Esa enorme escultura es un hueco vacío lleno de atribuciones: rosa de los vientos, humilde Golden Gate de Gijón, Puente de Verrazano por el que pasan todos cuantos van o vienen del mundo. Catedral posmoderna, tan sobria como una basílica protestante, en la que se reúnen a orar todos los vientos. Camposanto de hormigón casi blanco que parece estar caminando sobre las aguas, como en el milagro de Jesucristo. Llama perpetua que recuerda a todos los asturianos que pasaron por delante de ese promontorio soñando conquistar el mundo. Enorme sitio donde numerosos hijos y nietos de aquellos emigrados vienen a sentarse, a veces durante noches enteras, tratando de descifrar un misterio que les resulta todavía inexplicable: averiguar por fin qué poderoso elixir contienen estas olas, costas o verdes praderas para desencadenar en sus antepasados aquel amor ilimitado que tuvieron, durante toda una vida e incluso después de muertos, por esta tierra de belleza imperfecta. Realidad que aún hoy siguen sin explicarse. El Elogio del Horizonte es como un Violoncello gigante en el que los finos dedos del viento tocan un Te-deum diario por todos los que tuvieron que irse lejos de su inolvidada tierra. Es un canto al amor al mar. Una foto de Gijón abrazando a su amigo/enemigo, el océano. Abrazo romántico que tiene su secuela dramática en el extremo opuesto de la bahía, donde una Madre, que es símbolo y representación de todas las madres del mundo, llora con sufrimiento interminable la pena por tantos hijos que se fueron y nunca volvieron. O lo hicieron cuando ya era demasiado tarde.